



## Capítulo 651: Contrato.

Underworld, 21 de diciembre de 2025. Cuatro días antes del Torneo Celestial.

En uno de los edificios más lujosos de la capital del Inframundo, la noche se prolongó lenta y cómodamente.

Vergil estaba reclinado en un sofá demasiado largo para ser meramente decorativo, su cuerpo se relajaba como si finalmente tuviera un raro momento de pausa. Una mujer de cabello rosado descansaba a su lado, usando sus muslos como almohada, con el rostro inclinado hacia él con una sonrisa satisfecha —del tipo que no pide atención, pero sabe que la tiene.

"Entiendo lo que quieras," dijo Paimon, con la voz cargada de fingida resignación mientras trazaba perezosamente círculos en su pecho con las yemas de los dedos. "Pero sabes que conseguir estas cosas es muy caro, ¿verdad?"

Hizo un ligero puchero, deliberadamente exagerado.

"Y ni siquiera me corresponde a mí usarlo", añadió indignada. "Eso debería ser un crimen."

Vergil se rió suavemente y pasó tranquilamente sus dedos por su cabello rosa, un gesto íntimo y automático. "Lo sé, querida", respondió ella, en un tono demasiado tranquilo para alguien que pide favores peligrosos. "Pero realmente necesito estas cosas."

Paimon cerró los ojos por un momento, suspirando como si luchara contra su propia conciencia.



"Maldita sea..." murmuró. "No puedo simplemente sacar esto de la caja fuerte de Amon. El ginseng es ridículamente caro." Ella abrió los ojos lentamente. "Tendremos que hacer un contrato."

La mirada que le dio a continuación no fue profesional.

Fue provocativo. Demasiado consciente del efecto que tuvo.

Vergil levantó una ceja, divertido. "Por supuesto. Adelante," dijo. "¿Dónde firmo?" — el tono claro dejó claro que era una broma.

Paimon apoyó el codo en el sofá y lo miró, estrechando los ojos.

"Lo digo en serio."

"Yo también," respondió con la misma calma. "Y sé que no harías nada que realmente me hiciera daño."

Ella permaneció en silencio durante unos segundos, estudiándolo. Luego suspiró y se rindió.

"Eres injusto", dijo finalmente. "Apenas me conmovió... y aún así ya estoy aquí, pensando seriamente en arreglar cosas imposibles para ti."

Virgilio inclinó ligeramente la cabeza. "Oye, te he besado unas cuantas veces."

Paimon se rió suavemente.



"Muy pocos," murmuró. "Podrías besarme más. Tócame más. Burlarse más de mí." Se acercó y su voz se redujo a un susurro cargado de intención. "A veces parece que lo haces a propósito."

Respiró profundamente, intentando recomponerse —sin mucho éxito.

"...¿Te das cuenta del efecto que tienes en mí?" Terminó con una sonrisa lenta y peligrosamente honesta.

Paimon se movía con demasiada naturalidad para alguien que decía estar intentando recomponerse.

Se levantó lentamente, presionando sus rodillas contra el sofá por un momento antes de acomodarse en el regazo de Vergil, con su peso ligero y calculado. Sus piernas quedaron atrapadas entre las de ella, y la sonrisa que lucía ahora ya no era juguetona —era cálida, directa, peligrosamente cercana.

Ella puso un brazo detrás de su cuello y sus dedos se deslizaron por la nuca lo suficientemente íntimamente como para provocarle un escalofrío contenido. Su otro brazo descansaba en el respaldo del sofá, manteniendo el equilibrio mientras se inclinaba hacia adelante.

Virgilio no se movió.

No para alejarla.

No para acercarla más.

Él simplemente la observaba atentamente, sus ojos claros seguían cada uno de sus movimientos como si evaluara un movimiento cuidadosamente pensado.



Paimon acercó sus labios a su oído y su voz descendió en un cálido susurro, cargado de intención.

"Estoy en llamas..." murmuró, "Pero estoy toda mojada aquí abajo."

El aire entre ellos parecía espesarse.

Vergil dejó escapar un suspiro lento —no de incomodidad, sino de control. Una de sus manos se levantó y aterrizó firmemente sobre su cintura, lo suficiente como para sostenerla allí, lo suficiente como para dejarla sentir su presencia.

"Paimon," dijo suavemente, su tono tranquilo contrastaba con la intensa cercanía. "Sabes exactamente lo que estás haciendo."

Ella se rió suavemente, apoyando su frente contra la de él por un momento, con su cabello rosado cayendo como una cortina entre ellos.

"Por supuesto que lo sé", respondió ella, sin negarlo. "Siempre lo sé." Sus ojos buscaban los de él, brillando con esa peligrosa mezcla de deseo y desafío.

"Y tú," continuó provocativamente, "también sabes que podrías detenerme... si quisieras."

Vergil mantuvo su mirada durante unos segundos que fueron demasiado largos para ser casuales.

Luego, con un gesto de calma, apartó ligeramente la cara lo suficiente para hablar con claridad.



"Y ya sabes," respondió, "que no hago contratos bajo presión emocional."

Paimon hizo una mueca teatral, pero no se alejó. Al contrario, se adaptó más cómodamente, como si estuviera decidida a dificultar al máximo la negociación.

"Entonces considera esto," murmuró, con una sonrisa lenta, "una... motivación extra."

"Ya tengo suficiente motivación," Vergil respondió, "Pero primero, los negocios."

"Correcto. Signo." La voz de Paimon salió firme, casi solemne— y, sin embargo, todavía llevaba ese tono provocativo que nunca la abandonó por completo.

Un círculo mágico rosa se abrió en el aire entre los dos, runas suaves que giraban como pétalos de luz. De allí surgió un pergamo flotante, el antiguo papel palpitando con energía demoníaca viviente.

"Tienes un alma demasiado fuerte", continuó, analizándola con una mirada experimentada. "No se puede vender. No se puede fragmentar. No se puede empeñar." Hizo un breve puchero, como si fuera un inconveniente técnico. "Entonces pondré algo más en su lugar."

Las runas comenzaron a reescribirse.

No era el contrato original.

Era algo nuevo.



Vergil entrecerró ligeramente los ojos. "¿Qué pusiste como pago?"

"Nada mucho," respondió Paimon, demasiado casualmente para alguien que se entrometiera en las leyes fundamentales del Inframundo. "Solo un vínculo conmigo."

Arqueó las cejas.

La observó durante unos segundos—buscando vacilaciones, engaños, una trampa.

No encontró nada.

Paimon estaba... bien. Confiado. Seguro de su decisión.

Virgilio suspiró.

"Muy bien."

Se mordió la punta del dedo y una gota de sangre goteaba lentamente. Con un simple gesto tocó el pergamo y firmó.

El contrato brillaba intensamente en rosa, el mismo tono que el poder de Paimon. Las runas se ponen en seco —definitivo.

Por un breve instante, algo debajo de su vestido negro también brilló, un símbolo antiguo e íntimo... y luego desapareció como si nunca hubiera existido.



El pergamo comenzó a arder por sí solo, convirtiéndose en cenizas de luz que se disiparon en el aire.

Virgilio lo sintió. No dolor.

No peso.

Pero... algo diferente.

Se puso la mano sobre el pecho, frunciendo el ceño. "¿Hm?" Murmuró, valorando su propia esencia. "Mi alma... se ha hecho más grande?"

No.

Eso no fue todo.

Era otra cosa.

Un hilo.

Un hilo rojo intenso, invisible a los ojos comunes, pero demasiado claro para él. Conectó su corazón directamente con otro punto —demasiado familiar para ignorarlo.

Él lo había visto antes.

Cuando Katharina, Ada y Roxanne firmaron el contrato maestro-sirviente.



Pero esto...

Esto fue diferente.

Más íntimo.

Más profundo.

Mezclado con algo que conocía muy bien.

Virgilio levantó lentamente la mirada.

"...No lo hiciste."

Paimon sonrió.



Una sonrisa satisfecha. Triunfante.

"Lo hice."

Un fuerte silencio cayó por un segundo.

Vergil le pasó una mano por la cara y suspiró. "Podrías haberme advertido antes", dijo, sin enojo—sólo cansancio. "Esto me va a causar muchos problemas."

Ella se encogió de hombros, despreocupada.



"Sólo había que preguntar", añadió. "No me habría negado."

Paimon guiñó un ojo.

Luego se rió.

"Ah, Virgilio... estabas jugando con mis sentimientos." Ella se acercó, con la mirada aguda y segura. "Y soy un demonio demasiado viejo para estar esperando."

Ella chasqueó los dedos.

El contrato reapareció en el aire, ahora con sellos adicionales —oro, rosa, absurdamente formal.

"¿Contrato demoníaco? Nada." Ella sacudió el pergamo con satisfacción. "Lo actualicé."

Virgilio lo leyó.

Una vez.

Dos veces.

"...Esto es un—"



"Un contrato matrimonial," Paimon terminó con orgullo. "Firmado. Sellado. Reconocido por las leyes del Inframundo."

Cruzó los brazos, inclinando la cabeza.

"Entonces a partir de ahora te llamaré marido", dijo, como si fuera lo más natural del mundo. "Ya que firmaste los papeles...todo está bien."

Vergil guardó silencio durante unos segundos.

Luego suspiró. Otra vez. "...Eres imposible." Paimon sonrió aún más.

Paimon se movió primero.

Con un gesto lento y deliberado, deslizó sus dedos hacia el broche de su vestido negro. La tela caía sobre sus hombros con la misma naturalidad con la que tomaba el control de todo lo que la rodeaba —elegante, segura, peligrosamente cómoda siendo deseada.

Deabajo, lencería oscura contrastaba con su piel pálida, diseñada para provocar sin necesidad de permiso. Las medias largas sostenidas por correas delgadas acentuaban cada curva a medida que daba un paso adelante. Ella sonrió.

Una sonrisa que no pedía aprobación—simplemente confirmaba lo obvio.

"¿Te gusta lo que ves?" Ella preguntó, con la voz baja y cálida.



Antes de que pudiera responder, Paimon tomó la iniciativa y guió su mano hacia su cintura. El tacto era firme, real, y se aseguró de mantener el contacto allí, como si dijera: "No huyas de esto"

Virgilio la miró fijamente.

No había ninguna sorpresa en su mirada. Hubo atención. Enfoque. La misma presencia absoluta que tenía en la batalla—ahora se volvió completamente hacia ella.

Paimon inclinó la cabeza, acercándose lo suficiente para que su respiración se mezclara con la de ella.

"Todavía estoy en llamas", murmuró. "Y lo sabes."

Ella agarró su mano con más fuerza, acercándola, con la mirada fija en la de él, intensa, decidida.

"Lo vas a dejar así..." una sonrisa lenta apareció en sus labios, "¿o lo vas a apagar?"

No era necesario decir la respuesta en voz alta.

'Esta mujer... la iba a dejar para más tarde... pero es irresistible.' Dijo que, levantando la mano y ahuecándole la cara, le metió el pulgar en la boca y ella comenzó a chupar.

"Hmm," dijo entre los sorbos húmedos de su succión. Vergil ya podía sentir que sus bragas empezaban a gotear.



JabraScan  
RexScan

WIVES  
ARE  
BEAUTIFUL  
DEMONS

Traducción : Leo

"Pequeña zorra," dijo Vergil.

"¿Te quejas? Siento que algo fuerte golpea mi coño", dijo ella sonriendo.

